



LOS GUARDIANES DE LA MEMORIA

ORLANDO ARROYAVE ÁLVAREZ

Profesor de Psicología
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Universidad de Antioquia

Los guardianes de la memoria del conflicto armado colombiano son variados. A veces son las voces de los hombres y las mujeres invisibles que han padecido la guerra y han sido despojados de sus vidas, derechos y bienes. Otras veces son las voces de los académicos, las víctimas, los defensores de derechos humanos o incluso de los artistas. Las personas afectadas por los daños de la guerra expresan su verdad dolorosa como si fuera un imperativo ético-político impuesto para dar cuenta de lo sucedido. Ya sea que se haga como testimonio autobiográfico o como resultado de las metodologías narrativas que toman las historias de personas o colectivos que padecieron masacres, genocidios y desaparición forzada. En tales casos se pretende capturar la verdad —a veces casi imposible— de lo que aconteció.

En *La violencia en Colombia*, obra clásica de los años sesenta, el énfasis de la narración estaba puesto en las poblaciones campesinas afectadas por múltiples violencias, en las que se involucraban las voces de los guerreros (en muchos casos, una mezcla de víctima y perpetrador). Si bien ya se hablaba de abuso sexual a las mujeres, es solo en la década de los ochenta cuando los investigadores muestran cómo la violencia colombiana no se centra solo en campesinos —pese a ser la población más afectada—, sino también en población afrodescendiente, indígena, joven, activista de izquierda, integrantes de movimientos de mujeres, entre otros grupos sociales. Los académicos dan lugar en sus investigaciones a estos colectivos, pero son principalmente las víctimas, asociadas por causas comunes (crímenes de Estado, crímenes de la guerrilla, desapariciones forzadas, víctimas de la violencia en una zona específica del país o de un evento criminal concreto, etc.), sus propias voceras, quienes hacen su ejercicio de memoria y de búsqueda del reconocimiento social por lo padecido.

En investigaciones más recientes, las víctimas y los colectivos son quienes intentan “recuperar la memoria de sus procesos de victimización, buscando el reconocimiento social y de legitimidad política de su versión narrativa del pasa-

do, ocupándose a su vez por mantener visible y activa la atención social y política sobre su emprendimiento” (Claudia Girón y Raúl Vidales, 2010). Estos guardianes de la memoria asumen como parte de su experiencia vital la transmisión de los acontecimientos que han marcado un colectivo. Ya sean burocratizados o no, tienen como objetivo la sensibilización de los ciudadanos sobre la importancia de recordar los hechos criminales que produjeron afectaciones en individuos y poblaciones. Ellos aspiran a que los miembros de la sociedad en general, al leer o escuchar los relatos sobre estos crímenes —ya sea por la propia voz de los afectados o por intermediarios de la memoria—, puedan acercarse a las víctimas y crear un lazo empático.

Estas narrativas buscan producir un efecto ético-político y moral, creando con sus testimonios una “*comunidad emocional* por medio de lazos de empatía con el dolor de las víctimas” (Myriam Jimeno, 2011). Muchos de los trabajos periodísticos o de investigación toman esta perspectiva de la comunidad emocional, en la cual no solo se hace manifiesta la intención de contribuir a la memoria histórica, sino también la de producir, a través de las narraciones de las víctimas, un efecto terapéutico. Y, lo más importante, producir una acción concreta de solidaridad con estos colectivos sociales, en busca de una memoria histórica que reconozca su afectación y un posible resarcimiento de sus derechos, más allá de lo jurídico.

La narrativa de la memoria del conflicto armado está al servicio de la lucha por el reconocimiento, dado que las víctimas al dar su testimonio buscan reivindicar sus derechos socavados. Para lograr esta evocación del hecho criminal, los gestores de la memoria producen artefactos conmemorativos públicos, ya sea por iniciativa personal o por colectivos que ejercen presión sobre los gobiernos locales o nacionales. Así, en las últimas décadas, en algunas ciudades colombianas se han creado casas de la memoria, o casas del nunca más, placas recordatorias, esculturas en plazas o calles, monumentos y parques. Estas manifestaciones simbólicas suelen estar acompañadas de prácticas rituales, como peregrinaciones con velas, cantos, tejidos en grupo, videos, obras de teatro; manifestaciones públicas que buscan ser parte del entorno social y producir un efecto sobre la comunidad.

Pero esa memoria, que pretende recuperar algunas de las voces anónimas de las víctimas, compite con las voces, no anónimas, de los denominados perpetradores, que tienen mayor resonancia mediática que cualquier reclamante de los derechos de las víctimas (en la radio, la televisión o la prensa escrita).

Con su manifestación pública, por ejemplo, un paramilitar pretende una justificación de sus estrategias exterminadoras contra la insurgencia y contra los civiles, así como un reconocimiento de la sociedad por sus contribuciones a la estabilidad y a la seguridad del país. Cada uno de esos voceros maquillará su participación en masacres, exterminio de “guerrilleros vestidos de civil, asesinatos de población



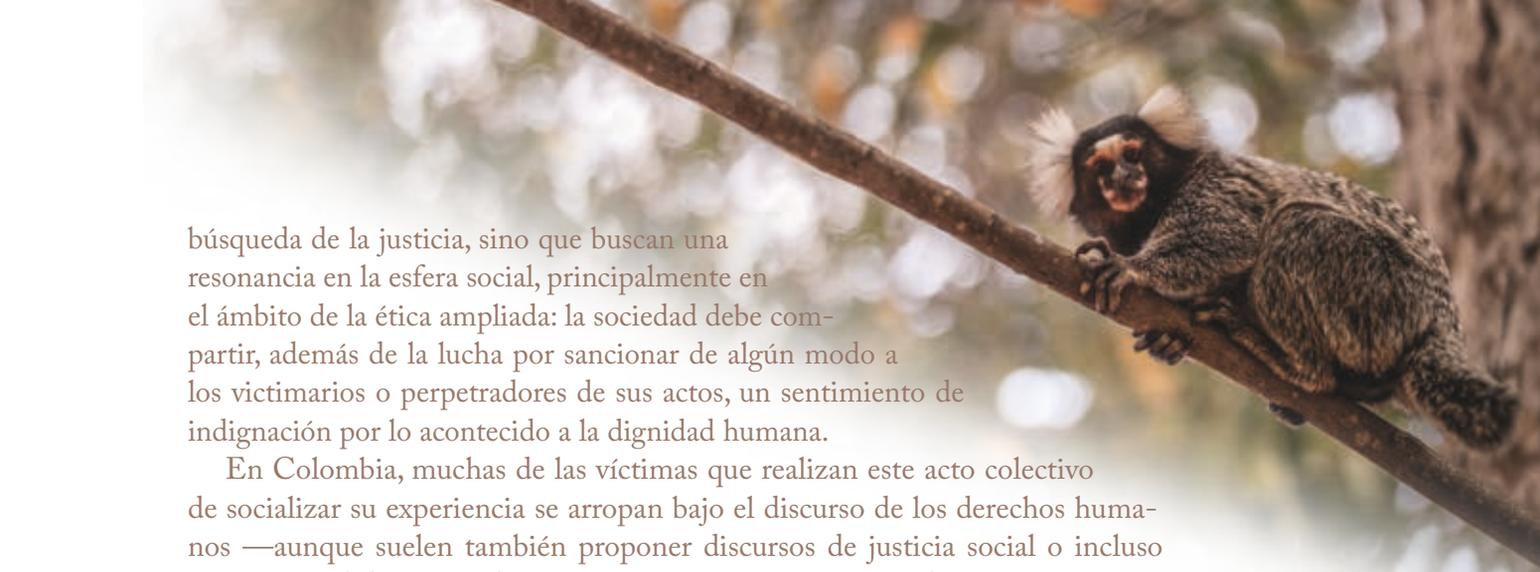
basura, desaparición forzada, atentados a intelectuales, defensores de derechos”, entre otros crímenes. En sus libros reportaje, testimonios o entrevistas, estos combatientes contra la insurgencia pretenden contribuir a la memoria nacional dando testimonio de su participación en innumerables asesinatos, asumidos como tareas militares, sin consideración del dolor padecido. Su testimonio es el del héroe marcial, más que el de la víctima despojada de derechos, y aunque su voz no sea la de la víctima, también contribuirá con su testimonio público a configurar parte de la trama propia de la memoria histórica.

La memoria histórica del conflicto armado será siempre dinámica, plural y disputada. En la memoria histórica están en juego identidades, reconocimientos y efectos de relaciones de poder sobre la sociedad en su conjunto. Los gestores de la memoria, civiles, académicos o funcionarios gubernamentales, pretenden producir un efecto de verdad histórica; de ahí que esa verdad esté en disputa. También porque ya no solo hablan los académicos o los funcionarios, sino que cada ciudadano tiene el derecho y el deber de recordar, de dar cuenta del relato de la violación de sus derechos dentro de la reparación integral, como aclaran Claudia Girón y Raúl Vidales (2010).

La memoria histórica como campo de disputa política se da en múltiples direcciones, aunque es, principalmente, una herramienta propia de las víctimas que buscan un reconocimiento social de los daños padecidos por actores armados, los cuales suelen tener un soporte social, político, financiero y mediático. Esa lucha por la memoria de las víctimas, en el caso colombiano, es una acción ético-política contra los actores que han perpetrado por décadas crímenes contra la población civil, aunque los soldados y policías también se han declarado como personas afectadas por las acciones de grupos guerrilleros de izquierda y, por lo tanto, víctimas.

Para Daniele Giglioli (2017), “la víctima garantiza una historia, lo que la hace especialmente apetecible para una cultura convencida de que el *storytelling* lo es todo”. Las víctimas son las voces de esa verdad narrada de los hechos que afectaron sus vidas en forma individual, pero, como en la guerra, involucra grupos humanos amplios. La memoria histórica emerge entonces como el producto de estas vidas que han hecho público su padecimiento, no solo como testimonio individual, sino por su efecto colectivo. En la memoria histórica la verdad adquiere la forma de un caleidoscopio en movimiento que no cesa. Esa memoria en disputa igualmente se modifica por el silenciamiento o el exaltamiento de esas voces.

Aunque cada víctima, noción que sobrepasa el ámbito jurídico, cuenta su experiencia en distintos espacios sociales (su familia, los vecinos, etc.), hay víctimas que han convertido su relato privado en un acontecimiento público; no solo para reivindicar la memoria de sus seres queridos o su propia experiencia en la

A photograph of a howler monkey sitting on a thick, brown tree branch. The monkey has dark fur with a prominent white mane around its face. It is looking towards the camera. The background is a soft-focus green and brown, suggesting a forest setting.

búsqueda de la justicia, sino que buscan una resonancia en la esfera social, principalmente en el ámbito de la ética ampliada: la sociedad debe compartir, además de la lucha por sancionar de algún modo a los victimarios o perpetradores de sus actos, un sentimiento de indignación por lo acontecido a la dignidad humana.

En Colombia, muchas de las víctimas que realizan este acto colectivo de socializar su experiencia se arropan bajo el discurso de los derechos humanos —aunque suelen también proponer discursos de justicia social o incluso invocación al discurso religioso—, para convertirse en interlocutoras con otras organizaciones o movimientos sociales, pero igualmente en interlocutoras del Estado o de instituciones jurídicas, tanto locales como nacionales e internacionales. Los derechos humanos se convierten así en un discurso común entre los gobiernos, las instancias penales y las víctimas. Los peores crímenes, según la perspectiva interesada, que reflejan los actos más violatorios de los derechos humanos (asesinatos selectivos de dirigentes sociales o políticos, secuestros, desapariciones forzadas, torturas, violencia sexual, masacres, genocidios, entre otros), sirven como eventos emblemáticos de la memoria histórica, en torno a los cuales gira la disputa por la verdad. **U**

Girón, Claudia y Vidales, Raúl (2010). El rol reparador y transformador de la memoria: de la eficacia simbólica a la acción política colectiva. En Édgar Barrero (ed.), *Memoria, silencio y acción psicosocial: reflexiones críticas sobre por qué recordar en Colombia*. Neiva: Cátedra – Fundación Mundos Posibles, pp. 225-270.

Guzmán, German; Fals Borda, Orlando y Umaña, Eduardo (2005). *La Violencia en Colombia*. Tomos I y II. Bogotá: Taurus.

Jimeno, Myriam (2011). Después de la masacre: la memoria como conocimiento histórico. *Cuadernos de Antropología Social*, 33, pp. 39-52.

Giglioli, Daniele (2017). *Crítica de la víctima*. Barcelona: Herder.